

LA DIPLOMACIA FRANCESA ANTE LA UNIFICACIÓN ALEMANA (1989-1990)

Francisco Javier Lión Bustillo*

1. EL CONTEXTO DE LAS ESPECIALES RELACIONES FRANCOALEMANAS

Cuando en el año 1989 los países del bloque socialista comenzaron a evidenciar la profunda crisis en la que se hallaban, las miradas de los observadores políticos se concentraron de forma prioritaria en Alemania, ya que la división de ese país en dos Estados era la muestra más evidente del clima de separación en el que había vivido Europa durante las últimas cuatro décadas. Las nuevas circunstancias podían abrir el camino a una hipotética reunificación alemana, lo cual suponía el abandono del orden europeo surgido en Potsdam, caracterizado por la existencia de dos superpotencias que mantenían unas zonas de influencia que alcanzaban el corazón del continente, asumiendo también la seguridad del mismo. La unión interalemana y el paralelo repliegue soviético parecían sugerir que los norteamericanos podrían rebajar su nivel de compromiso con la seguridad del área, lo que conduciría a que las naciones europeas debieran asumir un papel más significativo en la construcción de un nuevo orden de convivencia. Y precisamente el problema que se planteaba era cómo encajar a la nueva Alemania en esa arquitectura europea.

Esta cuestión fue seguida con gran interés en todas las capitales, pero muy especialmente en París, debido a que a lo largo de los años Francia y la República Federal de Alemania habían ido configurando un sólido eje económico y diplomático en torno al cual se habían creado las Comunidades Europeas. Así, desde el final de la

II Guerra Mundial, se desarrolló un proceso de acercamiento entre estas naciones que fue sobre todo posible por el convencimiento de ambas de la necesidad de su reconciliación en una época marcada por el clima de la Guerra Fría, que obligaba a cohesionar el bloque occidental. No obstante, las suspicacias iniciales no dejaron de aparecer en ocasiones, como puso en evidencia el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa.

Con la llegada al poder del general De Gaulle y sus deseos de llevar a cabo un ambicioso programa político se produjo un fuerte estímulo para la colaboración francoalemana, ya que la RFA constituía el socio ideal con vistas a reforzar la autonomía de Europa Occidental frente a Estados Unidos. El resultado del acercamiento fue el Tratado del Elíseo (1963), mediante el cual De Gaulle y Adenauer diseñaron un amplio programa de cooperación entre ambas naciones, que abarcaba el terreno económico, el político y el de la seguridad, si bien lo hacía en términos muy vagos, requiriendo un posterior desarrollo.

Sin embargo, la RFA no estaba en condiciones de separarse en exceso de la línea política marcada desde Washington, ya que la presencia de las fuerzas soviéticas en sus fronteras la hacían extremadamente dependiente del paraguas nuclear norteamericano. Ello condujo a que se frenaran las grandes ambiciones gaullistas tendentes a fortalecer la posición política de Europa Occidental, pero al propio tiempo permitió diluir pasadas desconfianzas entre franceses y alemanes y crear entre ambos un tejido de áreas de coope-

* GEHA-Grupo de Estudios de Historia Actual. Universidad de Cádiz.

ración que, en ocasiones, fueron posteriormente extendidas al ámbito comunitario, convirtiéndose así el eje francoalemán en la principal fuerza impulsora de la integración europea. Esta evolución alcanzó su punto culminante a finales de los años 80, cuando una conjunción de distintos factores permitió que esos vínculos bilaterales y, por extensión, la integración europea, cobraran un fuerte impulso. Tales factores fueron:

–Una fase de distensión en las relaciones Este-Oeste, lo que facilitaba un mayor grado de autonomía de Europa Occidental con respecto a los Estados Unidos.

–Un crecimiento económico sostenido a lo largo de varios años, que propiciaba la creencia en que el proceso de integración europea suponía una fuente de bienestar, por lo cual era deseable avanzar en la unión económica y monetaria.

–La aparición de ciertos puntos de fricción en la relación de Europa Occidental con Estados Unidos, debido a que el aliado norteamericano no tenía ya tanto interés en el Viejo Continente y prefería prestar más atención a la Cuenca del Pacífico. Si los Estados Unidos dieron en su día un ferviente apoyo a la creación de la CEE¹, ahora ésta era vista como una fortaleza económica que les disputaba la supremacía mundial en ese campo.

–La toma de conciencia por parte europea de que sólo la integración permitiría que, ante los grandes avances que se estaban realizando en el campo de la tecnología por parte de Japón y de Estados Unidos, la CE pudiera mantener un alto nivel de desarrollo, evitando caer en el atraso.

Esta cooperación francoalemana se reflejó en muy diversas áreas. Así, en el terreno económico se produjo una creciente convergencia de las políticas de ambas naciones, las cuales se inspiraron en la tradicional apuesta alemana en favor de la estabilidad como base fundamental de un crecimiento no inflacionista. En otras palabras, a partir de 1983 el entonces ministro de Hacienda, Jacques Delors, trató de aplicar en Francia una política monetaria restrictiva que otorgara credibilidad al franco en los mercados internacionales, trasladando a su propio país las líneas de actua-

ción tradicionales del Bundesbank. Los sucesivos gobiernos de París hicieron suya esta visión, de manera que a finales de los 80 el grado de convergencia entre los dos países en magnitudes como inflación, deuda pública o déficit público había crecido de manera significativa.

Sin embargo, esta situación no ocultaba un dato preocupante para Francia como era la pérdida de hecho de su soberanía monetaria a manos del Bundesbank. Con la creación del Sistema Monetario Europeo se había logrado alcanzar un alto grado de estabilidad cambiaria entre las divisas participantes en el mismo, pero al precio de que el marco se convirtiera en una auténtica “moneda-ancla”, de modo que si los distintos países querían sostener la paridad de sus monedas respecto a la divisa alemana, debían tratar de seguir la política monetaria marcada desde Frankfurt. En caso contrario, los mercados de capitales castigarían tal actuación, puesto que sería percibida como un abandono de la política de estabilidad. El problema grave se plantearía en situaciones de crisis asimétricas que pudieran requerir medidas diferentes en la RFA con respecto a algunos de sus socios. Precisamente el evitar tal dependencia fue una de las principales razones que impulsaron la idea de sacar adelante el proyecto de Unión Económica y Monetaria (UEM) entre los países de la CE².

Francia apoyó decididamente este proyecto (presentado en la Cumbre de Madrid, en junio de 1989) ya que le permitía llevar a cabo un cambio en el diseño de las relaciones de poder en materia monetaria, envolviendo además la iniciativa con la bandera del europeísmo. De ese modo, se podía pasar de una situación de completo dominio alemán en este terreno a otra en la cual un banco central europeo adoptase sus decisiones de acuerdo con los intereses generales. Y aunque a nadie se le escapaba que en dicho banco la influencia alemana sería muy notable, al menos debería concertar sus posiciones con las de sus socios.

Por lo que se refiere al terreno de la seguridad y defensa, el absoluto predominio de la OTAN en este área hacía mucho más difíciles las

¹ Cfr. Deighton, A., “La Guerra Fría y los orígenes de la integración europea”. *Sistema.Revista de Ciencias Sociales*, 114-115 (1993), 100.

² Portes, R., “El SME y la UE después del desastre”. *Revista del Instituto de Estudios Económicos*, 2 (1993).

iniciativas bilaterales de cooperación. La enorme dependencia alemana respecto a las fuerzas norteamericanas suponía que las autoridades de Bonn no estaban dispuestas a dar ningún paso que pudiera interpretarse como un signo de reticencia hacia la Alianza Atlántica. Pero a pesar de ello se produjo una interesante colaboración en el terreno armamentístico con vistas a reducir la necesidad de efectuar masivas importaciones de tecnología estadounidense. Por otra parte, las tropas francesas contribuían a la defensa de la RFA con un significativo contingente militar (en torno a 50.000 soldados) instalado en ese país. Y para coronar este clima de colaboración, distintos dirigentes franceses sugirieron en los años 80 la posibilidad de que el paraguas nuclear francés se hiciera también extensivo al territorio alemán, lo que implicaba un gesto político de gran calado que mostraría el decidido compromiso de las autoridades de París con la defensa de su vecino³.

Pero el paso más decisivo en esta materia de cooperación lo constituyó la creación en 1988 de la Brigada Mixta francoalemana, unidad cuyo reducido tamaño (4.200 hombres) la hacía poco significativa para la defensa de ambas naciones, pero que sin embargo implicaba un gesto simbólico de gran calado, ya que se trataba de la primera unidad de las Fuerzas Armadas alemanas que no se integraba en la OTAN, sino que aparecía como el germen de un futuro ejército europeo.

Por lo que se refiere al terreno político, el eje francoalemán experimentó una época de revitalización en la segunda mitad de los 80, lo que permitió disponer de un clima favorable para afrontar el proceso de profundización de la integración europea. El Acta Única Europea fue el primer logro en este camino, pero las ambiciones del Canciller Kohl y del Presidente Mitterrand iban más allá, tratando de crear una auténtica unión política de Europa, que aportaría a los alemanes su anclaje definitivo en Occidente frente a cualquier tentación neutralista, en tanto que Francia, merced a su influencia dentro de la CE, podría ejercer un papel en la escena mundial que sobre-

pasaría con mucho su capacidad de actuación unilateral. Para Francia, la CE era un buen instrumento con vistas a sobrevivir como gran potencia.

De este modo, la cooperación francoalemana vivía, en vísperas del derrumbe de la RDA, una etapa especialmente fructífera que permitía pensar en una rápida aceleración del proceso de integración europea. No obstante, el eje París-Bonn partía de una situación de asimetría entre ambos socios, ya que la RFA era la gran potencia económica del continente, cuyos productos resultaban altamente competitivos en todos los mercados mundiales y cuyos capitales aflujaban hacia las demás naciones europeas, incluyendo los propios países del Este. Tal poderío alemán había conducido al dominio del marco sobre las restantes divisas comunitarias, convirtiendo al Bundesbank en la institución que determinaba en la práctica la política monetaria del continente.

Pero esa gran capacidad de influencia alemana no se reflejaba en los terrenos político o militar. En el primero de ellos la RFA se veía fuertemente condicionada por factores como la división de Alemania, la necesidad de mantener el compromiso con Estados Unidos, el deseo de que el país permaneciera anclado en Occidente o las susceptibilidades de muchas naciones por el recuerdo de la II Guerra Mundial. En cuanto al campo militar, fue necesario compaginar el mantenimiento de la seguridad frente a la amenaza soviética con la oposición de diferentes países occidentales (entre ellos, Francia) a una excesiva fortaleza militar alemana. La respuesta adoptada fue una organización como la OTAN, en la que el peso militar fundamental era soportado por Estados Unidos, mientras que el papel de la Bundeswehr era relativamente modesto.

Curiosamente, Francia representaba el complemento perfecto para las deficiencias alemanas, ya que poseía una gran capacidad de iniciativa política, respaldada por medios diplomáticos sólo superados por las grandes potencias. Además, su distanciamiento de Estados Unidos y su pasado colonial le proporcionaban posibilidades de cierta autonomía de acción en zonas como el Pró-

³ Así, un documento del Partido Socialista referido a la defensa hablaba en 1985 de que "Francia tiene un interés esencial...en que su disuasión global y su defensa se ejerzan en beneficio de Europa Occidental, y ante todo en beneficio de la seguridad del territorio más avanzado y más vulnerable de Europa [...] el territorio de la RFA", en Ortega, A., *El purgatorio de la OTAN*. Madrid, El País, 1986, 225.

ximo Oriente o África, en las cuales la RFA poseía escasa influencia.

Buena parte de esa capacidad de iniciativa se debía al enorme esfuerzo realizado para dotarse de una defensa independiente basada en la disuasión nuclear. Ello no implicaba que se opusiera frontalmente al papel estadounidense en la seguridad europea, ya que, como señaló Willy Brandt, “la exigencia de ¡Americanos fuera de Francia! se podía defender con tanta mayor facilidad cuanto que estaba claro que se iban a quedar en Alemania⁴”. No obstante, la “Force de frappe” proporcionaba un margen de actuación del que carecía la RFA.

Sin embargo, el equilibrio de poder en la pareja francoalemana comenzó a presentar problemas a finales de los 80, debido a que el factor económico fue ganando en importancia en un momento en que Europa no vivía en guerra desde hacía décadas y en el que la Unión Soviética había iniciado un proceso de acercamiento a Occidente que rebajaba la tensión, al tiempo que la transnacionalización de la economía mundial había erosionado la soberanía política de los Estados. En otras palabras, el curso de los acontecimientos parecía otorgar al lado alemán un creciente peso en detrimento de su aliado. Sin embargo, todo este escenario se vería alterado por los sucesos que tenían lugar al otro lado del Elba y que afectaron profundamente a las relaciones francoalemanas.

2. LA PERSPECTIVA DE LA UNIFICACIÓN

El verano de 1989 fue testigo del comienzo de la desmembración del régimen de la RDA, una vez que un importante número de ciudadanos de aquel Estado decidió utilizar sus vacaciones estivales en otros países del bloque oriental para huir a Occidente. El volumen creciente de personas implicadas en tal actividad y la mayor permisividad de las policías afectadas determinó que el partido en el poder en Berlín Este, el Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (SED), optara por la vía de la renovación que anteriormente había descartado. Los nuevos dirigentes

germanoorientales trataron de proyectar ante la opinión pública nacional una imagen de voluntad de cambio real, por lo que llevaron a cabo una medida de gran impacto mediático, la apertura del Muro de Berlín. Sin embargo, tal acontecimiento no supuso el fin del éxodo poblacional, sino la aceleración del mismo, lo que ponía en riesgo la propia viabilidad económica del país.

En Bonn, tales acontecimientos fueron acogidos con una inicial satisfacción, ya que suponían una evidente derrota del Estado que había sido su rival político durante casi cuarenta años. Pero también implicaba problemas, por cuanto las generosas ayudas que la RFA ofrecía a cualquier refugiado recién llegado estimulaban el incremento de las salidas, y podían causar a la larga serios desajustes económicos. Pero el Gobierno federal tampoco estaba dispuesto a proporcionar un fuerte apoyo financiero que permitiera la perpetuación del régimen de Berlín Este, considerando por otro lado que tal aporte no serviría más que para mantener durante cierto tiempo a flote un sistema económico que se hundiría irremisiblemente.

La posición inicial de Francia ante la hipótesis de la unidad alemana se hallaba estrechamente vinculada a la solidez del eje francoalemán. Así, el Gobierno de París había mostrado en el verano de 1989 su comprensión por la sensibilidad de su socio hacia lo que ocurría más allá del Elba, disipando la imagen de cualquier susceptibilidad ante tal evento. Así, el Presidente Mitterrand afirmó que “la unificación es una aspiración legítima⁵”, aunque más tarde matizó que serían necesarias ciertas condiciones, como el que tuviera un carácter democrático y pacífico y que debía respetar el papel de las potencias vencedoras de la II Guerra Mundial⁶. Estos puntos de vista representaban la actitud de la diplomacia francesa, basada en la expresión de solidaridad con la RFA, la confianza en los lazos desarrollados por ambos países y alguna incertidumbre con respecto a los cambios en Europa.

Sin embargo, la crisis de otoño en la RDA y la aproximación en las relaciones entre Bonn y Moscú hicieron surgir la duda de que un enten-

⁴ Brandt, W., *Memorias*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1990, 268.

⁵ Rueda de prensa conjunta Kohl-Mitterrand, 5 de julio de 1989.

⁶ Entrevista concedida a varias publicaciones europeas. Cfr. *Le Nouvel Observateur*, 27 de junio de 1989.

dimiento germano-soviético permitiera la consecución de una rápida unidad. Este temor se reafirmó ante la evidencia de que la diplomacia alemana empezaba a presionar cada vez con más fuerza en el seno de la CE con vistas a abrirse a la cooperación con la Europa Oriental, prestando menos atención a las iniciativas de integración entre los países miembros. Al propio tiempo, los dirigentes políticos alemanes comenzaron a barajar ya la hipótesis de la unidad, si bien entendiéndola como algo no inminente. De ahí que en esos meses se registrara también un cambio de actitud en Francia en el cual se mezcló la prudencia con la preocupación. Ello ponía en evidencia que las anteriores declaraciones de los líderes políticos franceses, casi todas unánimes a favor del derecho a la unificación, eran simples expresiones huecas, que partían de la imposibilidad de tal acontecimiento ante la oposición soviética. Pero cuando dicha oposición podía desaparecer, entonces los apoyos eran menos fervorosos.

En cualquier caso, la situación era altamente compleja. Si Francia se oponía abiertamente a la unificación, ello equivaldría a la destrucción del clima de confianza existente entre ambas naciones y que tan trabajosamente había sido logrado. Su consecuencia inevitable sería el fin del proceso de integración europea y el fracaso de las que habían sido las líneas maestras de la política exterior francesa durante varias décadas. Una vez sucedido esto, la cohesión de Occidente se resentiría y cabría la posibilidad de que la RFA buscara un acercamiento a la URSS para lograr así su unidad. Y en esas circunstancias la futura Alemania sería mucho más peligrosa para Francia.

De otra parte, resultaba evidente que la fusión de los dos Estados alemanes cambiaría de forma profunda el orden europeo existente hasta entonces, trastocando los equilibrios entre las naciones. En esta línea de opinión, el historiador Alfred Grosser rechazó el punto de vista de quienes pensaban que la unificación no conllevaría importantes problemas para la CE, apreciando dos fases diferentes tras tal acontecimiento. Mientras en una primera etapa la RFA tendría

serias dificultades para reflotar los nuevos territorios, una vez superado tal trance el poderío económico del nuevo Estado sería excesivo, por lo que "todo depende, pues, de si dentro de unos años, cuando el problema se plantee, existe o no verdaderamente una Comunidad Europea"⁷. De este modo, el único medio de evitar la hegemonía alemana sería la unión económica y política de Europa.

Estas preocupaciones estaban también presentes en el Gabinete francés, que decidió adoptar una línea de actuación basada en el intento de ralentizar la unificación, acometiendo al propio tiempo una profundización de la integración europea, de tal modo que los efectos de una futura Alemania unificada quedaran amortiguados por la existencia de una CE fuerte. En cuanto a la Europa Oriental y la RDA, el Presidente Mitterrand no previó ningún trato especial respecto a la segunda, sino que recibiría ayudas similares a otros países del área, los cuales debían ser estimulados para que recorrieran el camino de los cambios, con la esperanza de llegar algún día a formar parte de la CE. El problema radicaba en cómo consolidar la situación en el Este mientras se procedía a las necesarias reformas en el ámbito comunitario.

En la cumbre francoalemana del 3 de noviembre de 1989, los dirigentes de ambos países intercambiaron sus impresiones sobre la situación de la RDA, exponiendo Mitterrand su visión de que la Europa unida sería el marco adecuado para la unificación alemana, es decir, que mostraba su solidaridad con el objetivo final, pero colocándolo a largo plazo, lo que no chocaba con las ideas del propio Kohl, quien consideró que tal hipótesis podría darse en un plazo de cinco o diez años⁸. En otras palabras, ambas partes mantenían un consenso básico en torno a la posibilidad de una unificación a medio o largo plazo.

Sin embargo, la caída del Muro de Berlín supuso un importante cambio en la situación, ya que el régimen de Berlín Este mostraba signos de crisis cada vez más evidentes. Las autoridades de ese país entendieron que cualquier plan de super-

⁷ Entrevista concedida a *El País*, 7 de diciembre de 1989.

⁸ Diekmann, W.; Reuth, R. G., *Helmut Kohl: yo quise la unidad de Alemania*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, 101-102.

vivencia del Estado pasaba por una profunda reforma económica y política y por la obtención de un fuerte apoyo por parte de la CE, la cual debía aportar tanto una ayuda de urgencia, que permitiera mejorar temporalmente las condiciones de vida de la población, como una cooperación a medio plazo, que sirviera para reformar la estructura económica y facilitar las inversiones occidentales en aquel territorio. Así, desde Bruselas se proyectaría al mundo la señal de que se confiaba en el futuro de la RDA, lo que influiría en la misma población del país. Tales peticiones fueron expuestas por el Primer Ministro Hans Modrow al Presidente Mitterrand en un Memorándum que le envió en vísperas de la Cumbre informal de la CE que se reunió el 19 de noviembre en París.

La reunión de los Jefes de Estado y de Gobierno comunitarios fue convocada por la presidencia francesa con vistas a estudiar la situación de la Europa Oriental y proyectar alguna señal de apoyo hacia esos países en un momento difícil de su Historia. De ahí que uno de los acuerdos tomados fuera la aprobación de la propuesta de Mitterrand de crear el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD). Sobre el tema alemán, la Cumbre no proporcionó resultados significativos a primera vista, ya que el Canciller Kohl se limitó a exponer con vaguedad sus ideas en torno a la unificación, dando a entender que se trataba de un proceso a largo plazo, al tiempo que reafirmaba su sólido compromiso europeísta. Por su parte, los demás líderes europeos dieron su aprobación al derecho del pueblo alemán a escoger su destino libremente, si bien la Primera Ministra Thatcher expresó sus recelos ante tal supuesto. No obstante, en París se impusieron las tesis alemanas, contrarias a que la CE otorgara un apoyo económico masivo a la RDA, de tal modo que se rechazó el Memorándum Modrow. De esta forma, si la ayuda a Berlín Este iba a proceder fundamentalmente de las arcas estatales, era poco probable que el volumen de la misma resultara significativo, de tal modo que si al RDA no tendría otra opción que recurrir a su vecino occidental.

Sin embargo, la situación en el Este no hacía

sino complicarse aún más, de manera que el Canciller Kohl abandonó sus anteriores cautelas y optó por una política cada vez más decidida. Así, el 28 de noviembre presentó en el Bundestag el denominado “Plan de los Diez Puntos”, que implicaba la creación inicial de una “comunidad contractual” entre las dos Alemanias, dando origen a una red de acuerdos de cooperación en todos los ámbitos (Punto 4) que desembocaría en el futuro en una estructura confederal y más adelante en una federación (Punto 5).

La reacción de la diplomacia francesa ante los acontecimientos fue de sorpresa más por las formas que por el contenido del discurso. Así, en la Embajada en Bonn se percibió el plan como un intento de marcar tanto a los ciudadanos alemanes como a los demás países cuál era el programa de actuación que podía esperarse del Gobierno alemán⁹. No gustó en El Elíseo el que el contenido del discurso del Canciller no hubiera sido previamente comentado con las autoridades francesas, lo que enfrió las relaciones entre ambas partes al crear un cierto clima de desconfianza. Pero tampoco resultaba satisfactoria la ambigüedad con la que se trataban ciertos temas, tales como la situación de las alianzas militares, la cuestión de las fronteras, los derechos de las cuatro potencias y el calendario del proceso.

El Programa de Diez Puntos del Canciller Kohl tuvo un gran impacto en la opinión pública francesa, por cuanto supuso en que ésta tomara conciencia de la nueva realidad existente en Alemania, comenzándose así un debate a escala nacional sobre un tema que tenía profundas huellas en aquella sociedad. La gran mayoría de la prensa consideró el Programa como el anticipo del resurgir de una Gran Alemania que se desentendería inevitablemente de su vocación europea, si bien hubo algunas excepciones, que ponían el acento en la prudencia de las propuestas de Kohl¹⁰. Por su parte, la reacción de los partidos políticos estuvo más cargada de prudencia, si bien mezclada con dosis de suspicacia. Sólo el Partido Comunista se manifestó contrario a la reunificación, pero cabe reseñar la postura extraordinariamente dura del líder de la UDF, el ex-Presidente Giscard D’Estaing, quien deman-

⁹ Mitterrand, F., *Memorias interrumpidas*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996, 244.

¹⁰ Así, el diario *Le Monde* calificó el proceso de “*evolutivo, pacífico y democrático*”, 29 de noviembre de 1989.

dó en primer término la construcción de una Europa federal basada en la CE, tras lo cual se produciría la admisión de los distintos países del Este (entre ellos la RDA), siendo sólo entonces posible la unión de los dos Estados alemanes en el seno de una federación. Evidentemente, una propuesta de esas características alejaba la hipotética unificación en más de una década, ya que parecía imposible que tales condiciones pudieran cumplirse en un plazo de tiempo menor. Finalmente, otras fuerzas políticas como el RPR o el Partido Socialista se mostraron más comprensivas con el deseo de unidad alemán, pero exigiendo el mantenimiento del compromiso alemán con Occidente, el respeto a la inviolabilidad de las fronteras y el mantener el desarrollo del proceso dentro de los parámetros democráticos.

Ninguna de estas exigencias era contraria a las ideas expresadas por Kohl ante el Bundestag, pero tampoco todos estos aspectos habían sido suficientemente aclarados por el Canciller, por lo que habría sido aconsejable tratar de acercar posturas. Pero el principal problema radicaba en una cuestión de confianza, debido a que al abordar Kohl una iniciativa tan decisiva para Europa sin consultar a sus aliados (con la excepción del Presidente Bush) parecía indicar que la RFA adoptaba una actitud más autónoma en la esfera internacional y que se distanciaba de sus socios europeos. La superioridad diplomática francesa parecía cada vez más una cuestión del pasado y habría que tomar crecientemente en cuenta la iniciativa política por parte de Bonn. Los primeros efectos del cambio de rumbo en el equilibrio europeo comenzaban así a percibirse.

La Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la CE a celebrar en Estrasburgo los días 8 y 9 de diciembre de 1989 constituyó una ocasión propicia para limar las asperezas surgidas en el eje francoalemán, ya que en su orden del día figuraban aspectos de profunda relevancia, como la situación en Europa del Este, la unificación alemana y el avance en el proceso de integración europea. En los días previos a la reunión pudo constatarse la existencia de un cierto clima de distanciamiento alemán hacia las propuestas de avance en la construcción europea, lo que creó una impresión de desinterés por parte de Bonn hacia la misma, fenómeno que sería conocido en

la jerga comunitaria con la denominación del “desenganche” alemán.

Las presiones francesas se centraron en lograr un compromiso por parte del Gobierno de Bonn en favor de dar una señal clara de que el proceso de Unión Económica y Monetaria sería una realidad en el futuro. La respuesta alemana llegó por boca del Ministro de Exteriores Genscher, quien realizó una profesión de fe europeísta al afirmar: “No puedo hablar de presiones, ya que estoy totalmente a favor de que el Consejo Europeo en Estrasburgo establezca una señal clara para la Unión Económica y Monetaria, no porque otros nos estén presionando, sino porque es nuestro propio interés¹¹”.

Durante la Cumbre, la RFA dio su apoyo decidido a las propuestas favorables a acelerar el calendario de la UEM, al establecer el mes de diciembre de 1990 la fecha en la que comenzaría a reunirse una conferencia intergubernamental que estudiase las reformas necesarias en los Tratados con vistas a alcanzar tal objetivo. Por su parte, la delegación alemana obtuvo un apoyo expreso de los países de la CE al derecho de autodeterminación del pueblo alemán, de tal modo que la unificación sería posible si así lo deseaban sus habitantes y si se respetaban los principios del Acta Final de Helsinki. Estos resultados del Consejo Europeo podían dar la impresión de suponer una victoria francesa, por cuanto la UEM contaba con un calendario más preciso, en tanto que la referencia a la unificación alemana era mucho más vaga. Sin embargo, las futuras circunstancias determinaron que el proceso de unión de ambos Estados alemanes se desarrollaría mucho más aprisa que la integración europea.

3. LA DIPLOMACIA DEL MARCO

La concordia francoalemana que pareció surgir de la Cumbre de Estrasburgo volvió a verse inmersa en dificultades en los meses siguientes. Lo cierto es que los puntos de vista alemanes no eran demasiado diferentes de los de su vecino, ya que aceptaba plenamente la idea de una autodeterminación pacífica y democrática que respetara los compromisos de la RFA con Occidente. Igualmente respetaba los derechos de las cuatro potencias a participar en aquellas cuestiones rela-

¹¹ Declaraciones recogidas en *El País*, 8 de diciembre de 1989.

cionadas con el ámbito de la seguridad. Pero el aspecto central del contencioso era que el Gobierno de Bonn deseaba acelerar la unidad alemana tanto como fuera posible y no estaba en absoluto dispuesto a permitir que el Estado germanooccidental fuera apuntalado mediante la ayuda europea, especialmente en un momento en que su debilidad y la de la URSS proporcionaban una ocasión histórica para alcanzar la unidad. Por el contrario, Francia se inclinaba por retrasar tal evento, ya que ello permitiría desarrollar la Unión Económica y Monetaria y la Unión Política de Europa, acometiendo al propio tiempo la creación de un nuevo sistema de seguridad para el continente que desterrase un retorno a las antiguas zonas de influencia. Y una vez construida esa Europa política, la influencia francesa en el mundo crecería gracias a su posición, junto a Alemania, al frente de la CE.

Las urgencias electorales del Canciller Kohl y su deseo de aprovechar la situación para alcanzar la unidad alemana, así como la fuerte crisis en la que se encontraba la RDA, determinaron que el Gobierno de Bonn se lanzara a partir de diciembre de 1989 a jugar a fondo la carta de la unidad. De ahí que en las manifestaciones a ambos lados del Elba se escucharan cada vez más consignas en tal sentido, al tiempo que los discursos de los líderes de la mayoría gobernante se cargaron progresivamente de proclamas nacionalistas. Al propio tiempo, el Presidente Mitterrand, en su visita a la RDA, se ocupaba de pedir cautela, afirmando que “el pueblo alemán no puede prescindir de una realidad que lo convierte, en el Este, en un miembro muy activo de la alianza llamada Pacto de Varsovia (...). La unidad alemana es también asunto de vuestros vecinos, que no pueden reemplazar la voluntad alemana, pero deben velar por el equilibrio de Europa¹²”. En otras palabras, se pedía no trastocar demasiado de prisa el orden europeo existente, manteniendo durante cierto tiempo la situación existente hasta que fuera posible la construcción de un nuevo marco de seguridad. El complemento de tal posición fue la llamada efectuada por el Presidente francés a favor de la creación de una confederación europea que tomaría como base a la propia CE, pero que permitiría el

establecimiento de ciertos vínculos con la Europa Oriental.

Pero a medida que pasaba el tiempo y más se deterioraba la situación en la RDA, más decidido se hallaba el Gobierno Kohl a aprovechar la crisis para proceder a la unificación. Sin embargo, ésta no se efectuaría mediante ofertas públicas como el cada vez más olvidado Plan de Diez Puntos, ya que tales actuaciones no hacían sino provocar una lluvia de críticas desde los países vecinos. Por el contrario, bastaba con esperar que la crisis económica en la RDA llegara a tal punto que sólo la ayuda masiva de su vecino occidental pudiera constituirse en su tabla de salvación, eso sí, al precio de perder su soberanía monetaria, lo que conduciría a la larga a la inevitable unión política. Así se cumpliría el viejo vaticinio de Ludwig Erhard, quien señaló que la reunificación comenzaría con “una reorganización monetaria en la Zona soviética; es decir, su inclusión en nuestro sistema monetario¹³”.

Por ello, el 6 de febrero de 1990 el Canciller Kohl lanzaba su propuesta de creación de una unión monetaria interalemana, la cual debía servir como señal para detener el éxodo de población germanooccidental que seguía dirigiéndose hacia el Oeste. Además, tal medida podía tener una profunda incidencia (como así fue) en los resultados de las inminentes elecciones parlamentarias en la RDA, ya que los electores podrían identificar el voto a la CDU con la obtención inmediata de la ayuda del vecino occidental. No sirvieron de nada las fuertes reticencias expresadas por el Bundesbank, especialmente por su Presidente Karl-Otto Pöhl, al considerar que las tensiones inflacionistas ya existentes en la RFA se verían agravadas por la existencia en el Este de un fuerte “poder de compra frustrado”, el cual generaría un gran incremento de la demanda. No obstante, tales críticas quedaron ahogadas por una oleada de optimismo que invadió no sólo las filas gubernamentales, sino que también afectó a numerosos empresarios y economistas, comenzándose a hablar de la realización de un nuevo “milagro económico” alemán, que permitiría una rápida igualación en los niveles de vida de las poblaciones a ambos lados del Elba.

¹² Discurso de Mitterrand en la Universidad Karl Marx de Leipzig, 21 de diciembre de 1989, en Mitterrand, F., *Memorias...*, op. cit., 348.

¹³ Marsh, D., *El Bundesbank. El banco que gobierna Europa*. Madrid, Celeste Ediciones, 1994, 295, 500.

La nueva iniciativa alemana cogió nuevamente por sorpresa a sus socios comunitarios, ya que no habían sido previamente consultados con respecto a la misma, cuando resultaba evidente que implicaba la integración del territorio de la RDA en el espacio común de la CE, con los evidentes efectos que ello podía tener para la economía de la Alemania Federal y, por extensión, para toda Europa. Además, quedaba la cuestión de si tal proceso podía poner en riesgo la consecución de la UEM, tal como sugirió el Ministro francés de Exteriores, Roland Dumas.

Estas susceptibilidades trataron de ser despejadas en la reunión del Consejo de Ministros de Economía y Hacienda de la CE (Ecofin) correspondiente al mes de febrero, en la que el Ministro francés Pierre Bérégovoy consideró que la unión monetaria alemana era precipitada, en tanto que su colega alemán Theo Waigel dio seguridades a sus socios de que la unificación no abandonaría la tradicional línea de estabilidad de la política monetaria alemana.

Otro escollo que surgió en aquellos momentos en el camino de la unificación fue el del papel de las cuatro potencias vencedoras de la II Guerra Mundial, las cuales mantenían ciertos derechos sobre el territorio alemán al no haberse llegado a firmar un acuerdo de paz tras el fin de la contienda, derechos que eran especialmente significativos en la ciudad de Berlín. Al propio tiempo, quedaba pendiente la cuestión de cuáles serían las futuras estructuras de seguridad, ya que los bloques existentes quedarían seriamente afectados en su estructura una vez que desapareciera la división entre ambos Estados alemanes. De ahí el interés en buscar una fórmula de negociación general de estos temas, el cual se plasmó en la creación de la Conferencia 2+4, que reunía a las dos Alemanias y a las cuatro potencias.

Las demandas francesas en este foro se centraron especialmente en el complejo tema de las fronteras. La República Federal de Alemania no había reconocido nunca la legitimidad de la Línea Oder-Neisse como frontera entre Polonia y Alemania. Además, una sentencia del Tribunal Constitucional de Karlsruhe dictada en 1973

establecía que los límites de Alemania eran los existentes en 1937, lo que implicaba que algunas zonas de Polonia y la URSS podían ser objeto de futuras reclamaciones. Francia no estaba dispuesta en ningún caso a que el derecho de autodeterminación alemán implicase una revisión del mapa europeo, ya que, tal como expresó el Presidente Mitterrand, “No se puede borrar de un plumazo la realidad europea tal como se constituyó después de la Segunda Guerra Mundial”, si bien opinaba que “la frontera que hay entre los dos Estados alemanes es de naturaleza diferente a las que existen en otras partes, pues se la ha creado en el interior de un mismo pueblo¹⁴”. De este modo, se consideraba que la posibilidad de borrar la división interalemana no implicaba el derecho a demandar otros cambios territoriales.

La posición francesa partía del principio de defensa del Acta Final de Helsinki, que recogía el carácter “inviolable” de las fronteras europeas, expresión adoptada precisamente a petición de la delegación de la RFA, sustituyendo a la palabra “inmutable” que aparecía en la redacción previa¹⁵. De este modo quedó abierta la posibilidad para que se dieran cambios fronterizos de carácter pacífico, basados en la libre voluntad de las partes. Sin embargo, las ambigüedades del Canciller Kohl en este tema no habían permitido aclarar si las reivindicaciones se terminarían una vez concluida la unificación o si se extenderían a otros territorios. Por ello las autoridades de París exigían una clarificación de tal posición de forma previa a la fusión de ambos Estados alemanes.

Para Francia, la creación de la Alemania unida y el resquebrajamiento del bloque oriental implicaban una modificación sustancial del equilibrio surgido de la II Guerra Mundial, por lo que era preciso encontrar un nuevo orden de seguridad que reemplazara al anterior y que impidiera el retorno al viejo sistema de alianzas. El marco institucional más apropiado para ese nuevo orden parecía ser la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), de manera que el mapa europeo fijado en ésta debía de tratar de ser defendido a toda costa.

¹⁴ Discurso de Mitterrand en la Universidad Karl Marx de Leipzig, 21 de noviembre de 1989, en Mitterrand, F., *Memorias...*, op. cit., 347.

¹⁵ Fuentes, J., *El Círculo de Helsinki*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1989, 66, 242.

Lo cierto es que la renuncia que exigía Francia tenía un fuerte valor simbólico para muchos alemanes, por cuanto implicaba la renuncia definitiva a territorios como Silesia, Prusia Oriental o Pomerania, los cuales constituían los territorios de origen de muchas familias alemanas, las cuales debieron abandonarlas al concluir el conflicto. Algunos de estos emigrados habían constituido importantes grupos de presión que poseían una influencia significativa en las filas de la propia CDU, de manera que un reconocimiento formal de la Línea Oder-Neisse podía tener consecuencias electorales negativas, lo que explica la calculada ambigüedad del Canciller Kohl en este tema.

En resumidas cuentas, la aceptación de la Línea Oder-Neisse significaba el abandono alemán de cualquier sueño de reconstrucción del país tal y como había sido antes de la guerra, pero también su renuncia a convertirse en una potencia imperial en el área de la Europa Central y Oriental, anclándose definitivamente en Occidente. Precisamente ello explica la insistencia francesa en resolver tal asunto, ya que lo que estaba haciendo era demandar a su socio una clara muestra de que su actitud europeísta inaugurada en época de Adenauer no había sido un comportamiento oportunista con vistas a afrontar el peligro soviético, sino que emanaba de una convicción profunda de los grupos políticos y de la sociedad alemanes.

La respuesta alemana a esta demanda tuvo un carácter muy confuso, ya que mientras el Canciller Kohl afirmaba en la Cumbre de Estrasburgo su respeto a la frontera germanopolaca, sin embargo en sus manifestaciones públicas afirmó que tal reconocimiento debía corresponder al futuro Parlamento de la Alemania unificada, si bien matizando que él era partidario de no cambiar esa frontera. Tal actitud molestó a todos los vecinos de Alemania, que reclamaron una mayor claridad, y también a importantes sectores de la sociedad alemana. Así, los partidos de la oposición (SPD y Verdes), exigieron un reconocimiento de la frontera Oder-Neisse, pero también destacados sectores de la mayoría gubernamental, como los liberales Genscher y Lambsdorff o la Presidenta del Bundestag, Rita Süßmuth. Ante esta actitud, el Gobierno federal ofreció la posibilidad de que los parlamentos de ambas Alemanias realizaran una

declaración conjunta en tal sentido, si bien condicionándola al respeto por parte de Polonia de los derechos de la minoría alemana y a la renuncia polaca a cualquier tipo de reclamación de reparaciones de guerra.

Tales manifestaciones no hicieron sino indignar más a los vecinos orientales de Alemania, pero también a sus aliados occidentales, que consideraban tal actitud como un abandono del tradicional sentido europeísta alemán. El Gobierno polaco aprovechó esta crisis para buscar apoyos para su causa en Occidente y los halló prontamente en Francia, invitando el Presidente Mitterrand a su colega polaco, el general Jaruzelski, y al Primer Ministro Mazowiecki a visitar París el 9 de marzo. Una visita de tal nivel parecía implicar un resurgimiento de la vieja alianza francopolaca del período de entreguerras y causó profunda irritación en las autoridades de Bonn, si bien su efecto fue considerable. Tanto Mitterrand como el Primer Ministro Rocard expresaron su apoyo a que se produjera un reconocimiento alemán de la intangibilidad de la frontera Oder-Neisse y que éste fuera anterior a la unidad alemana, además de demandar la presencia polaca en aquellos foros en los que se determinaran aspectos relacionados con tal frontera. De esta forma, Francia amenazaba con convertirse en abanderada de la causa polaca, lo que estaba conduciendo a un cierto aislamiento internacional por parte alemana en un tema en el que la opinión pública europea le resultaba claramente adversa. Por ello, el Gobierno federal acabó finalmente plegándose ante las condiciones demandadas por su aliada tradicional, de manera que el tema de las fronteras no supusiera más un obstáculo en la futura unificación.

4. LA UNIDAD AL ALCANCE DE LA MANO

Las elecciones generales en la RDA celebradas el 18 de marzo contribuyeron de forma decisiva a clarificar el panorama de cara a la unificación, ya que la coalición Alianza por Alemania (formada por la CDU oriental, Apertura Democrática y la Unión Social Alemana) resultó ampliamente vencedora, contribuyendo a tal éxito de forma decisiva la perspectiva de una rápida unión económica y monetaria como la que había prometido el Canciller Kohl. De este

modo, los habitantes de la RDA confiaban su futuro no a la coalición triunfante en el Este, sino al propio Gobierno de Bonn, el cual pasó a comportarse cada vez más como el Gobierno de toda Alemania. Teniendo en cuenta que las instituciones germanoorientales ya no supondrían un obstáculo para la rápida unificación, lo único que quedaba por hacer era vencer las reticencias de las cuatro potencias vencedoras (especialmente las soviéticas) otorgando las garantías necesarias.

Por su parte, las autoridades de París vieron claramente que la hipótesis de la unificación a corto plazo se haría realidad de modo inevitable, así que lo más adecuado sería recomponer la maltrata relación bilateral y obtener a cambio de su apoyo ciertas compensaciones políticas, centradas sobre todo en la aceleración de la construcción europea. Una comparecencia televisiva del Presidente francés el 25 de marzo sirvió para proyectar un mensaje de conformidad con la rápida unión de los Estados alemanes, gesto correspondido por el Canciller Kohl unos días más tarde también ante las cámaras, reafirmando la solidez del eje francoalemán como motor de la CE.

A partir de esos momentos Francia renunció a inmiscuirse en las condiciones concretas de la negociación interalemana con vistas a recuperar su unidad, de tal modo que las mismas fueron fijadas únicamente por las autoridades de Bonn y Berlín Este, a pesar de que algunas de ellas podían tener una fuerte incidencia en las economías comunitarias. A cambio, las autoridades alemanas se comportaron como un socio activo en el proceso de integración europea, incluso en un campo que levantaba especiales susceptibilidades entre su población, el de la unión monetaria. De ahí que en los primeros días del mes de abril las diplomacias francesa y alemana desarrollaran un importante trabajo conjunto en favor del lanzamiento de una nueva iniciativa que dinamizase el avance hacia la Unión Europea. El resultado quedó plasmado en una carta conjunta que el Canciller Kohl y el Presidente Mitterrand dirigieron a la Presidencia irlandesa de la CE el 19 de abril, en la cual se solicitaba que el lanzamiento de la Unión Política debía ser paralelo a la UEM, de manera que sería necesario convocar una

Conferencia Intergubernamental sobre tal tema.

Ambos líderes se reunieron el 25 de abril para preparar la Cumbre extraordinaria que se celebraría algunos días más tarde en Dublín para estudiar el impacto de la unificación alemana en la CE. En su encuentro, el Canciller proporcionó a Francia la seguridad de que se mantendrían las fuerzas armadas francesas en territorio alemán, además de expresar su voluntad de acelerar la construcción europea para que el ritmo de ésta fuera más cercano al de la unidad alemana¹⁶.

Este nuevo entendimiento propició el que no hubiera ninguna objeción en la Cumbre de Dublín al método adoptado por parte alemana para formalizar jurídicamente la unión con la RDA. Éste consistió en el previsto en el artículo 23 de la Ley Fundamental de Bonn y que significó en la práctica una auténtica anexión de cinco nuevos Länder, los cuales pasaron a formar parte también del espacio comunitario, tal como preveía el correspondiente informe de la Comisión Europea¹⁷. A cambio de esta buena disposición, la delegación alemana se mostró muy activa en los debates a favor de la construcción de la Unión Política europea, obteniéndose (a pesar de las reticencias británicas) que los Ministros de Exteriores se comprometieran a elaborar un informe con vistas a la convocatoria de una Conferencia Intergubernamental sobre el tema.

El último escollo que quedaba para el nuevo entendimiento francoalemán era el tema pendiente de la frontera Oder-Neisse, que el Canciller Kohl se había comprometido a resolver. De ahí que se buscara una fórmula apropiada, llegándose a la conclusión de que debería producirse una declaración paralela de ambos parlamentos alemanes reconociendo la inmutabilidad de la frontera polaca, acontecimiento que tuvo lugar el 12 de julio de 1990.

En los meses siguientes, la coordinación de las diplomacias francesa y alemana en el ámbito comunitario fue total, lo que se vio reflejado en la preparación minuciosa de que fue objeto la nueva reunión de Jefes de Estado y de Gobierno que se celebró en Dublín en el mes de junio, en la cual

¹⁶ Diekmann, W.; Reuth, R. G., *Helmut Kohl...*, op. cit., 101-102.

¹⁷ Comisión de las Comunidades Europeas, *La Comunidad y la Unificación Alemana*. Luxemburgo, OPOCE, 1994.

se acordó la convocatoria de la Conferencia Intergubernamental sobre la Unión Política, la cual inauguraría sus trabajos a partir del 14 de diciembre de 1990. Además, las propuestas francoalemanas especificaban el objetivo de incluir en dicha unión algunos aspectos de las áreas de política exterior y de defensa, otorgando así una nueva dimensión a la integración europea, la cual quedaría reflejada en el futuro Tratado de la Unión Europea.

El único aspecto que quedaba realmente pendiente para alcanzar la unidad alemana era obtener la aprobación de la Unión Soviética, lo que logró el Canciller en su visita a ese país en el mes de julio, gracias a la concesión de una generosa ayuda económica y del establecimiento de garantías de que en el futuro Alemania no sería un peligro para sus vecinos. Una vez logrado esto, las conversaciones 2+4 se clausuraron en completo éxito, de tal modo que la comunidad internacional dejaba así despejado el horizonte para la unión efectiva de los dos Estados alemanes, la cual fue suscrita por ambos Gobiernos a finales de agosto, de tal modo que el 3 de octubre de 1990 se convirtió en la fecha de nacimiento de una Alemania unida, la cual recuperaba plenamente su soberanía y se convertía en un nuevo actor en la escena internacional, liberado ya de las restricciones surgidas de la II Guerra Mundial.

5. CONCLUSIONES DEL PROCESO

Cuando en el verano de 1989 se produjo el comienzo del desmoronamiento de la RDA, Francia tuvo que enfrentarse con la necesidad de articular una respuesta a un desafío que ponía en cuestión buena parte de lo que había sido la esencia de su acción diplomática durante las últimas décadas. Si el Gobierno de París deseaba mantener la amistad de Bonn era imposible cerrar las puertas a la unificación, ya que ésta era el objetivo fundamental de la RFA. Por otra parte, el dejar el tema exclusivamente en manos de su aliado implicaba desconocer las múltiples repercusiones que tendría para Francia la nueva realidad. La política exterior alemana había estado hasta entonces fuertemente condicionada por el orden de posguerra y la división del país, de modo que quedaba por aclarar si seguiría siendo en el futuro un aliado tan cercano.

La conclusión por parte francesa fue tratar de mantener su relación privilegiada con la RFA, pero impulsando al mismo tiempo el proceso de integración europea, de tal manera que ésta pudiera permitir el control de la futura fortaleza alemana. Pero una Alemania demasiado pendiente de su reunificación podía dejar de prestar atención a su faceta europea, por lo que era primordial que el ritmo de la integración europea fuera como mínimo el mismo que el de la unión interalemana. De ahí el apoyo inicial francés a la unidad alemana resultante de un lento proceso de negociación, en el cual se pusieran las bases de un nuevo orden de seguridad europea, al tiempo que se completaba la Unión Económica y Monetaria europea y la Unión Política del continente.

Pero estas perspectivas fracasaron por diversas razones. En primer lugar, la crisis de la RDA avanzaba más aprisa de lo previsto, con el consiguiente éxodo poblacional en busca de mejores condiciones de vida, el cual sólo hubiera podido ser cortado mediante una masiva ayuda europea, algo que muchos países europeos, incluyendo la propia Francia, no estaban dispuestos a financiar.

Otro factor a tener en cuenta fue el deseo alemán de recuperar su soberanía de la forma más rápida posible. Ello no implica que el Gobierno Kohl no fuera sensible a la idea de que era preciso tener en cuenta los equilibrios estratégicos, ya que trató de dar garantías a la URSS sobre su seguridad e incluso presionó a los independentistas bálticos para que fueran pacientes y no desmembraran el Estado soviético. Pero el Gobierno federal quería alcanzar el momento en que el destino de Alemania no dependiera de la voluntad de las potencias vencedoras.

Por último, el tercer elemento que hizo inviabile el diseño francés fueron razones de política interna alemana. El Canciller Kohl, ante unas malas expectativas electorales, decidió convertir el tema de la unidad alemana en el centro de su campaña política para la reelección. Pero esta idea sólo podía ser eficaz si se daban en la práctica pasos decisivos hacia tal objetivo, lo que explica la precipitación habida en muchas de las decisiones tomadas.

Es preciso destacar por otro lado el enorme temor que suscitó entre numerosos dirigentes europeos la perspectiva de la unificación alemana, lo que explica el gélido recibimiento tributa-

do al Plan de Diez Puntos de Kohl, el cual tenía la virtud de esbozar un programa ordenado y progresivo que conduciría hacia la unidad nacional. Es cierto que en él se observaban ciertas ambigüedades, pero no lo es menos que las mismas podían haber sido negociadas, de manera que la participación internacional pudo haber sido más significativa de haber sido aprovechada tal ocasión. Por el contrario, al ser ignorado dicho Plan, lo que se impuso finalmente fue la necesidad imperiosa de dar una respuesta decidida a la crisis de la RDA, y solamente el Gobierno de Bonn estaba dispuesto a la concesión de ayudas masivas, de modo que la independencia económica del estado germanooriental desaparecería, lo que conduciría necesariamente a una rápida unión política.

El Canciller Kohl fue consciente de este aspecto, por lo que su oferta de unión monetaria interalemana le permitió enviar una clara señal a la población de la RDA en el sentido de que su proyecto representaba la única salida cierta a la crisis, por lo que no es extraño su absoluto éxito electoral.

Mientras todo esto sucedía, Francia seguía preocupada por retrasar la unificación y condicionar ésta a la obtención de avances nítidos en la integración europea y al cumplimiento de ciertas garantías. Sin embargo, su participación fue completamente irrelevante en cuanto a las condiciones de la unión monetaria interalemana y otro tanto sucedió con la CE, a pesar de que las consecuencias de las mismas no dejaron en el futuro de tener graves efectos para el continente.

Por el contrario, Francia se mostró mucho más preocupada por los aspectos políticos de la unificación y, sobre todo, por anclar la Alemania unida a Occidente de forma irreversible. De ahí la constante ofensiva francesa en favor del reconocimiento de la Línea Oder-Neisse como frontera permanente, la cual implicaba reafirmar esa vocación occidental. En este terreno, tales esfuerzos se vieron coronados con el éxito.

Dentro de la evolución general del proceso es preciso destacar el papel enormemente relevante que jugaron las elecciones en la RDA,

cuyos resultados indicaron bien a las claras la nítida voluntad de la población de apoyar la opción de la unidad en el más breve periodo de tiempo. Francia se mostró consciente de tal situación y se olvidó de sus llamadas en favor de una unión lenta, para pasar a aceptar con naturalidad la idea de la creación de una nueva Alemania. Sus esfuerzos se dirigieron a partir de entonces a recomponer la amistad francoalemana y aprovechar la deuda moral que contraían los alemanes para relanzar el proceso de unidad europea. Así, la iniciativa conjunta francoalemana de abril de 1990 dio lugar al mayor avance experimentado en la Historia de la construcción europea, puesto que las dos Conferencias Intergubernamentales sobre la UEM y la Unión Política condujeron a la firma del Tratado de la Unión Europea.

Sin embargo, esta aceleración no pudo evitar que los dos procesos que debían ir paralelos (unión interalemana y unión europea) quedaran claramente desacompasados. Ello podía no parecer preocupante debido a que Alemania había subrayado su vocación europeísta dando su respaldo a lo acordado en Maastricht. Pero este asentimiento no zanjó las complicaciones existentes, como bien puso en evidencia la crisis que se abatió sobre las economías europeas desde finales de 1992 y que estuvo a punto de hacer fracasar el proyecto de UEM.

En definitiva, el problema para Francia era cómo lograr mantener su influencia en Europa y en el mundo una vez que el orden de posguerra comenzaba a desdibujarse, desapareciendo algunas de las ventajas que el mismo le había proporcionado. La integración europea fue el instrumento adecuado para tal fin, ya que la profundización de la misma y su privilegiada relación con Alemania eran el mejor medio para controlar el poderío del nuevo gigante. Sin embargo, los avances registrados en dicha integración no fueron tan rotundos como se esperaba, lo que implicaba que Francia debería convivir con una Alemania cuya influencia crecería a medio plazo, sin que se hubiera creado una auténtica unión política de Europa. Si ésta se convertiría o no en una realidad era algo que quedaba reservado para el futuro.